

EN EL ECUADOR DE LA LEGISLATURA: APUNTES PARA UNA CRÓNICA DESENCANTADA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis García Delgado*

En línea con lo hecho en cursos precedentes, haré algunas consideraciones sobre la crisis económica en España desde esa actitud de “observador comprometido” que Dahrendorf anima a mantener en *La libertad a prueba*.

Me fijaré en la etapa que transcurre entre la víspera de las elecciones para renovar el Parlamento europeo, a comienzos de junio de 2009, y el final de marzo de 2010, cuando se alcanza el ecuador de la segunda legislatura con gobiernos encabezados por el Presidente Rodríguez Zapatero. Apenas diez meses, pero muy significativos, en mi opinión, para desvelar algunos de los problemas mayores de la realidad española. Al igual que en anteriores ocasiones, me servirán de guía para captar el pulso de la situación ciertos hechos que escojo a modo de señales del recorrido, situándome en cada caso, a efectos narrativos, en tiempo presente a lo que comento.

UNA MALA INFLUENCIA

Cuando la campaña para las elecciones al Parlamento europeo entra en su recta final, al iniciarse el mes de junio de 2009, una evidencia se impone: nuestro escenario político está teniendo una influencia nociva sobre la crisis de la economía española. El calendario electoral, por un lado, interfiere negativamente en la formulación de diagnósticos y en la adopción de medidas de política económica; por otro lado, un espacio público con multiplicadas manifestaciones de degradación agrava la sintomatología de la crisis y resta margen de maniobra.

* Sesión del día 23 de marzo de 2010.

Perniciosa es, desde luego, la repercusión de las sucesivas convocatorias electorales. Con sus respectivas antevísperas, vísperas y campañas propiamente dichas, esas llamadas a las urnas condicionan la percepción de la profundidad de la crisis y los mensajes que sobre ella se transmiten a la ciudadanía. Desde el otoño de 2007, cuando algunos indicadores señalaban aquí la inminencia de un cambio de ciclo, a la vez que la crisis norteamericana comenzaba a conmocionar la economía internacional, no hay trimestre sin conocer elección en puertas o efectiva celebración de comicios. Primero fueron las generales al iniciarse la primavera de 2008, luego las autonómicas en el País Vasco y en Galicia, a las que han seguido las europeas. Y primero se comenzó negando la posibilidad misma de que la crisis nos pudiera afectar, eliminando con ello cualquier capacidad de anticipación por parte de la política económica; luego se aseguró que estábamos ante un episodio sin gran alcance y que sería pasajero, lo que desaconsejaba también medidas de mayor calado, y en junio de 2009 se dice que ya se ha tocado fondo, descartándose consecuentemente acuerdos propios de situaciones más críticas. Y así, entre el excitado voluntarismo propio del ambiente electoral y la evitación de cualquier planteamiento que suponga arrostrar costes en las urnas o dar cancha al adversario en ellas, el “tempo” político acaba por tener un efecto perverso sobre el económico.

Un indeseable impacto reforzado por el deterioro progresivo de algunos ámbitos de lo público: la ramplonería del debate parlamentario, las corruptelas que salpican a unos y otros, la artificiosa animosidad que los partidos mayoritarios quieren hacer prevalecer en el clima político... expresiones todas, repitámoslo, de pérdida de calidad de lo público y desmovilizadoras para un buen número de ciudadanos. Política y economía, dicho de otro modo, se dan la espalda, con perjuicios recíprocos.

ANTES DEL PARÉNTESIS ESTIVAL

Una señal prometedora en el sentido de abandonar el ilusionismo como pauta dominante (digo ilusionismo porque es el arte de producir fenómenos que parecen contradecir los hechos reales) se encuentra en el nuevo cuadro macroeconómico facilitado por el Ministerio de Economía y Hacienda cuando comienza el calendario estival de 2009. Ciertamente, sus previsiones, a pesar de la gravedad que delatan —la crisis se extenderá a lo largo de toda la legislatura, con un desempleo muy alto y persistente—, son menos sombrías que las manejadas por reputados centros de análisis; pero parece que ya se deja de mirar para otro lado. Muy probablemente, el descenso del PIB será algo mayor de lo previsto por el Gobierno, y con toda probabilidad el paro rebasará el listón del 20 por 100, en vez de quedarse por debajo, como quiere la previsión oficial (la vicepresidenta haría bien en no comprometer su palabra de honor al asegurar que no se alcanzarán los cinco millones de parados, “ni de lejos”). Pero la comparación entre lo anticipado meses atrás

y estas nuevas previsiones económicas, expresa un propósito hasta ahora ausente de tocar tierra. Por algo se empieza.

Ajenos, en todo caso, a la retórica del cambio de patrón de crecimiento, un ramillete de problemas urgentes está en la sala de espera. Además de la reanimación del mercado de crédito y de medidas eficaces para restablecer la liquidez, cuyo retraso está dañando un tejido empresarial que tardará en recomponerse, en dos frentes las actuaciones no pueden demorarse: el de la financiación autonómica y el de la reordenación bancaria, léase cajas de ahorros. En ninguno de los dos se puede proceder con simpleza ni apresuramiento; pero los dos reclaman medidas de alcance, y pronto.

Ojalá el propósito de pisar terreno firme, antes saludado, sea también signo de que el tiempo de las promesas sin base en la realidad y de las ocurrencias queda definitivamente atrás.

A PEOR

Si alguien albergaba esperanza de que la pausa veraniega interrumpiera la cadena de registros negativos, los datos con que comparece septiembre obligan a abandonarla. El PIB acusa en términos interanuales la mayor caída desde hace medio siglo (-4,2 por 100) y en cómputo intertrimestral el mayor retroceso de la eurozona (-1,1 por 100); los precios, a su vez, han prolongado una senda del todo inédita: siete meses de caídas sucesivas, que evidencian una severa contracción del gasto de las familias; las cifras que aporta el mercado de trabajo se han resistido a perder protagonismo, con un millón cuatrocientos mil empleos netos a tiempo completo destruidos en el curso de un año; un récord tanto más preocupante cuanto que ha venido acompañado de las caídas interanuales también excepcionales de la inversión, particularmente de la demanda de bienes de equipo (un descenso del 28,9 por 100) y de material de transporte (otro del 22,2 por 100), que no pueden sino expresar una fuerte reducción de la capacidad de crecimiento de la economía española.

A los datos que revelan una situación crítica, se unen diagnósticos y juicios coincidentes en anticipar grandes dificultades. No ha habido día de septiembre sin chorro de agua fría lanzado desde foros privados o públicos. Roubini lo hizo al comenzar el mes desde la hermosa ribera del lago Como, en la reunión que convoca The European House-Ambrosetti, augurando muy graves dificultades durante un largo período; apenas una semana después, el *Informe de Competitividad* del Foro Económico Mundial y el *Panorama de la Educación* de la OCDE constataban el lugar muy rezagado de España en términos internacionales; luego, y ya sin interrupción, la cascada de adversos dictámenes acerca de la duración en España

de los efectos de esta gran recesión, apostando por una más prolongada etapa de ajuste (Comisión Europea) o, si se prefiere, una recuperación más lenta (Standard & Poor's), susceptible de desembocar en un "ciclo mediocre y frágil" de crecimiento durante toda una década, que podría ser una "década perdida" (UBS). Abruma, desde luego, la sucesión muy rápida de tantos preocupantes vaticinios. Y es cierto que la unanimidad no garantiza el acierto final, pero la coincidencia no deber verse como algo casual.

Tampoco el descanso estival ha servido para mejorar un bronco ambiente político, que en nada puede ayudar a superar las dificultades, o para fortalecer un gobierno que no corrige su tendencia a la improvisación y al gesto populista: tómesese como ejemplo el subsidio de 420 euros para los parados sin ingresos, tan torpemente instrumentado, o los reproches a empresarios y banqueros, bien achacándoles intransigencia en la mesa del diálogo social, bien denunciando, y es literal, su incapacidad para trasladar un mensaje tranquilizador a la ciudadanía que contribuya a reactivar el consumo. Nunca las improvisaciones han sido método aconsejable en política económica o en política social, y la gesticulación, aunque pueda simular fortaleza (al modo que el lenguaje simula a veces la sabiduría, como recuerda el verso de Borges), no equivale a capacidad resolutoria.

Dicho de otra forma: a las puertas de un nuevo curso —el de 2009-10—, las cosas no ruedan en buena dirección. Con un déficit público que se dispara hacia cotas alarmantes, los efectos sobre el empleo del más que cuestionable "Plan Zapatero" de inversión local —cuantiosos recursos para sostener durante unos pocos meses puestos de trabajo poco cualificados y poco productivos— expirarán pronto, al tiempo que la mal anunciada subida de impuestos —"todos, absolutamente todos" están en revisión, dijo sin ruborizarse la ministra del ramo— genera inseguridad e imprevisibilidad, la contraindicación para impulsar iniciativas productivas y comportamientos que estimulen la recuperación económica.

A nadie puede sorprender, por ello, que vuelvan a levantarse voces demandando un pacto entre fuerzas políticas y sociales a la altura de las circunstancias. Se pidió a mediados de 2008, cuando las evidencias desmentían a quienes sostenían tercamente que los problemas no pasarían a mayores: desde el BBVA y desde el Círculo de Economía o la presidencia de las cámaras de Comercio, por ejemplo, se instó a negociar un pacto de Estado ante una situación económica que apuntaba ya componentes de "emergencia nacional". Se volvió a demandar en la primavera de 2009, cuando los indicadores expresaban un dramático deterioro del mercado de trabajo y dificultades graves de ciertas entidades financieras: si se tuviera conciencia real de la crisis, "se dejarían de lado los intereses concretos y se ayudaría a alcanzar una solución conjunta", dijo Felipe González en marzo, en unas jornadas sobre *Respuestas ante la crisis* celebradas en Sevilla. Y de nuevo a lo largo de septiembre y en octubre de 2009 se repite la solicitud desde distintas instancias

y por opiniones autorizadas. El pacto, en definitiva, es lo que reclama buena parte de la sociedad civil, y descalificar a ésta desde las instancias oficiales —como se ha hecho con el manifiesto de los cien economistas que se pronunciaron por una reforma del mercado de trabajo— no es, desde luego, buena señal.

¿A qué hay que esperar para intentarlo? ¿A que el paro se instale duraderamente muy por encima de los cuatro millones y medio de personas? ¿A que el déficit público escale por cifras de dos dígitos? ¿A que se cuestione nuestra permanencia en la eurozona?

CONTRA EL PROPIO TEJADO

En octubre de 2009 se cumple el primer aniversario del fallecimiento de José María Cuevas, presidente de la CEOE durante casi un cuarto de siglo. Una efemérides que invitaría a reconducir una deriva de la que sólo cabe esperar perjuicios.

Me explicaré. Durante el largo mandato de Cuevas al frente de la patronal, la apuesta por el diálogo y la negociación, en tanto que búsqueda activa de acuerdos y compromisos con sindicatos y administración, acabó siendo uno de los rasgos distintivos de la democracia española, con altos réditos para la paz social y para la gestión de empresas. “Pactar hasta los desacuerdos”, fue el expresivo lema que Cuevas hizo suyo, sin ser una mera consigna retórica. La respetabilidad que la organización patronal ha ido ganando gradualmente en la opinión pública española le debe mucho a ese modo de proceder, contribuyendo de algún modo a la legitimación entre nosotros de la figura del empresario, a la creciente estima social de la función empresarial y de la actividad emprendedora, clave de bóveda de la libertad y de la creatividad en el dominio de la economía. Pudo llegar a pensarse en un círculo virtuoso: el tejido empresarial se fortalecía mientras aumentaba el predicamento de los empresarios y la capacidad de interlocución que se reconocía a sus representantes, al tiempo que el crecimiento y la internacionalización de la economía española señalaban una exitosa senda de progreso. Todavía un año antes de morir Cuevas, a lo largo de 2008, parecía que los elementos básicos de tan estimulante dinámica perdurarían, constituyendo otras tantas fortalezas de la economía española para afrontar la crisis.

La situación, empero, ha cambiado con rapidez y para mal, también en el eslabón de la cadena —el papel del empresario— a cuya puesta en valor contribuyó en no pequeña medida la pauta de conducta antes señalada. Dos hechos se combinan para generar un proceso inverso al descrito. Por una parte, las malas prácticas empresariales que la crisis —como todas las crisis económicas que en la historia han sido— airea cada día. Por otra, y más grave a mi entender, las insólitas descalificaciones a los empresarios que llegan desde el gobierno de la nación; algo

insólito, al menos desde los años cincuenta, cuando el verbo demagógico de Girón, aquel fogoso ministro de Trabajo del franquismo, ponía el contrapunto a incipientes reformas tecnocráticas.

Desde hace algún tiempo, en efecto, se repiten manifestaciones en ese sentido, que no pueden sino ir en detrimento del papel que debe reconocérsele al empresariado en una sociedad avanzada. A finales de julio de 2009, a la vez que el actual titular de la cartera de Trabajo ponía en duda la representatividad de la mayoría de las organizaciones empresariales, el presidente del Gobierno cargó con dureza contra la cúpula patronal, culpabilizándola de no haberse conseguido acuerdos en la ronda de negociaciones con vistas a un gran “pacto social”. Luego, en septiembre, el tono se eleva a cotas perdidas de vista hace mucho: de “cartón piedra” tilda el presidente Zapatero a parte del tejido empresarial que la crisis se está llevando por delante, aduciendo que “se necesita una reforma empresarial más que una reforma laboral” (el mismo eslogan, por cierto, poco antes lanzado por el secretario general de UGT), y los portavoces gubernamentales han resucitado la dicotomía de “pobres y ricos”, “indigentes y poderosos” para justificar la propuesta de ciertas modificaciones impositivas. Flaco favor se hace con ello al legado acumulado durante largo tiempo por empresarios, sindicatos y gobiernos de España.

EL LADO MEJOR

Como a algunos artistas presumidos, a la economía española le vendría bien dejarse fotografiar sólo desde ángulos que captasen la internacionalización de sus empresas: es el lado más atractivo de su rostro y el que más la rejuvenece, pues sus rasgos actuales los ha adquirido en apenas tres lustros, sustituyendo muchas de las avejentadas arrugas que delataban toda una vida pasada entre las cuatro paredes de la propia casa. Un cambio de piel que animará a ganar tamaño (ya son 12 las compañías españolas incluidas en el ranking de “Fortune” con las 500 mayores del mundo, según cifra de facturación), a pujar por posiciones de liderazgo en sectores estratégicos y globales: telecomunicaciones, finanzas, infraestructuras, biotecnología, energía y servicios medioambientales, entre otros, revelándose hoy, cuando el mercado doméstico está amenazado de anemia duradera, como un factor compensador de primer orden de las cuentas de resultados de nuestras grandes empresas.

Por eso hay que aplaudir la iniciativa conjunta del Círculo de Empresarios y de la Wharton School (Universidad de Pennsylvania) de elaborar una monografía anual dedicada al seguimiento del proceso de internacionalización de la empresa española, cuya tercera edición (*Anuario 2009*) se presenta en Madrid al final del mes de noviembre. Acertado empeño académico, con un nivel de información y análisis sobresaliente, aportando perspectivas novedosas, como la que ofrece el cálculo de los rendimientos para el accionista (tasa de retorno) de las empresas espa-

ñolas internacionalizadas en comparación con empresas similares de otros países, o como la que presenta el grado de visibilidad de nuestras compañías en la prensa financiera internacional o el signo de las recomendaciones que sobre ellas hacen los analistas de los bancos de inversión.

Un epígrafe especial en la citada obra se ocupa de las operaciones empresariales del ejercicio de 2008 más relevantes, atendiendo a varios criterios de evaluación: apertura de nuevas oportunidades de negocio o de nuevos destinos geográficos, ganancias de cuota de mercado mundial, esfuerzo tecnológico innovador, impacto en el país receptor, volumen de la inversión. Y cinco son las seleccionadas: la compra por el Banco Santander del británico Alliance & Leicester; la fusión entre Campofrío y Smithfield Foods, creando Campofrío Food Group, primera compañía de preparados cárnicos de Europa; la compra de Editis por el Grupo Planeta, asumiendo éste con ello el liderazgo continental; la adquisición por Iberdrola de Energy East Corporation; y la expansión de Inditex en un puñado de nuevos mercados. Cinco movimientos corporativos de alcance, que no pueden, por fortuna, considerarse excepcionales en relación con otros señalados que les han precedido ni con los registrados en el curso de los últimos meses: la afirmada presencia en Estados Unidos del BBVA, de Ebro Puleva, de OHL, de Areas o de Amper; las tomas de posición de Telefónica en China y Alemania; las de Alsa en el Reino Unido; las de Acerinox en Malasia; las de Mapfre en Brasil; la penetración de Indra en el Magreb...

No es éste el mejor momento para la marca-país de España, dado todo lo que aquí está cayendo, pero el predicamento internacional de algunas de nuestras mayores empresas se mantiene alto. No será ocioso anotarlo, aunque sólo sea para contrarrestar la reticencia o el desdén con que algunos se refieren hoy a la función empresarial.

EL AÑO BISAGRA

Es lo que debiera ser 2010: el herraje que permita el giro, franqueando el paso a un lugar distinto. Quizá es el sentido que ha querido darle el presidente del gobierno al término “tránsito” (hacia la recuperación), al hacer balance del ejercicio clausurado y presentar un paquete legislativo económico para los primeros tramos del que comienza, en una comparecencia ante los medios que marca, por cierto, todo un hito: por primera vez, si bien en tono amortiguado (“no estuve muy acertado”), se reconoce el pecado original de negarse a apreciar, contra toda evidencia durante larguísimo meses, el alcance y la profundidad de la crisis. El tiempo, en todo caso, apremia cada vez más. O se aprovecha a fondo el primer semestre de 2010 —coincidiendo con la nueva presidencia española de la Unión Europea—, o todo será mucho más tortuoso.

Hay que decir que en uno y otro ámbito —el europeo y el nacional— los calendarios son muy densos, aunque será su efectivo desarrollo lo que permitirá hacer adecuadas valoraciones. De un lado, el gobierno español ha previsto un número récord de cumbres y reuniones de máximo nivel en la historia de la UE; abruma su simple recuento: veinticuatro reuniones sectoriales de ministros y diez cumbres de jefes de Estado y de Gobierno, todas ellas a celebrar en España, cuatro cumbres bilaterales adicionales convocadas fuera, sin contar los tres consejos europeos en Bruselas y aparte también las reuniones en Moncloa del “grupo de sabios” que el presidente español quiere a su vera para abordar el semestre europeo. De otro lado, la nutrida lista de medidas que el Consejo de Ministros se propone activar durante enero y febrero; también su amplitud sobrecoge: desde las leyes de Economía Sostenible, de Registro Civil, de Ciencia, Tecnología e Innovación o de Protección del Medio Marino, hasta iniciativas, aún por concretar, en los dominios de la reforma laboral, del sistema de Seguridad Social y de pensiones, contra el fraude fiscal o de austeridad para la Administración General del Estado, además del primer paquete de decretos de aplicación de la norma europea de liberalización de servicios. ¿Quién da más? Es seguro que los asesores de imagen y los gabinetes de prensa tienen por delante un intenso trabajo, pero ¿se han preparado bien esas multiplicadas convocatorias?, ¿hay una estrategia bien definida que les sirva de eje?, ¿se va a dotar en los plazos disponibles de la necesaria concreción a las medidas genéricamente publicitadas?

Pronto lo sabremos. Ni nuestras credenciales exteriores ni la confianza de la ciudadanía en la clase política están hoy para mayores mermas. 2010 va a ser un año crucial, requiriendo, para ser efectivamente “bisagra”, dosis muy altas de esfuerzo y acierto. En caso contrario, sólo nos quedará esperar, como al poeta ante el olmo seco, “otro milagro de la primavera”.

PROBLEMA DE CREDIBILIDAD

Para una economía, como la española, con muy altas necesidades de emisión de deuda soberana y con muchas de sus mejores empresas, las más internacionalizadas, obligadas a financiarse en los mercados exteriores, la credibilidad que se le otorgue fuera de sus propias fronteras es vital. Por eso son tan inquietantes los repetidos signos adversos con que comienza 2010, revelando, de uno u otro modo, pérdida de solvencia. El diferencial de la deuda española con el bono alemán (referencia para las emisiones de sus pares europeos) ha alcanzado el máximo de los últimos seis meses, situándose al nivel de la prima de riesgo de Italia, el país con mayor nivel de deuda de la Unión Europea, al tiempo que el *Credit Default Swa*, un instrumento derivado que trata de captar el riesgo de impago del emisor, dispara la cotización referida a España, ya más de tres veces superior que la de Alemania. Y mientras que el FMI avanza una dura previsión para este ejercicio (caída del 0,7 por 100 del PIB español, en contraste con un crecimiento esperado del 0,9 por 100

para la eurozona y del 3,9 por 100 para la economía mundial), se constata la pérdida de posiciones de la economía española en el ranking que establece el índice de competitividad elaborado anualmente por el World Economic Forum, descendiendo desde el puesto 29 al 33. La avalancha de comentarios desfavorables en la prensa extranjera no ha hecho sino completar el cuadro: desde *The New York Times* a *The Wall Street Journal*, desde *Financial Times* a *The Economist*, desde *Frankfurter Allgemeine* a *Frankfurter Rundschau*, desde *Le Monde* a *Le Figaro*, en coincidencia que no ha de menospreciarse.

Podrá objetarse, sin duda, la consistencia de alguno de esos indicadores o la solidez de algunas de las opiniones vertidas, pero lo que todo ello expresa es la desconfianza que transmite el despliegue de la crisis en España y la falta de pulso de la política económica. No es ninguna novedad, por lo demás, a estas alturas: según detectan los últimos sondeos de opinión, también siete de cada diez empresarios españoles rechazan el manejo de la crisis por parte del Gobierno, proporción muy semejante a la de ciudadanos que cuestionan cómo el Ejecutivo está afrontando la situación. Otra coincidencia elocuente.

LA CAMPAÑA QUE NO CESA

Ha sido comisario europeo de Relaciones Exteriores y ahora es rector de la Universidad de Oxford, y con la *auctoritas* que ello le confiere ha dicho algo que en España nos viene al pelo: “los partidos políticos hacen campaña las 24 horas del día, y así no se puede gobernar” (Christopher Patten). Ni gobernar ni hacer oposición, cabe añadir. He aquí una parte sustancial de nuestro problema. El inflado calendario electoral que enmarca el escenario político, como he señalado al principio, tiene parte de la culpa; pero eso no exime de responsabilidad a quienes, cada uno desde su respectiva posición, deberían dedicar menos tiempo a declaraciones electoralistas —se hagan en cualquier capital española o en el mismísimo Londres— y poner de lleno manos a la obra para enderezar el rumbo de la situación. Mientras se deciden a hacerlo, el vacío que se produce no deja de empeorar las cosas, incitando a imprevistos cambios de papel entre los personajes de la función: “¿quién gobierna?”, “quien gobierna es el sindicato”, se preguntaba y respondía hace pocas semanas un reputado observador de la vida pública española.

El mero paso de las semanas y de los meses no arregla nada. Que la caída del PIB en el cuarto trimestre de 2009 haya sido sólo del 0,1 por 100, no es ciertamente para “jugarse varias comidas”, como hizo, si se cree lo que cuentan los informadores, la vicepresidenta económica; lo más relevante de ese dato es que España es el único país del G-20 ampliado que hoy sigue registrando una tasa negativa, dibujando la trayectoria recesiva más larga (siete trimestres consecutivos) de todas las economías desarrolladas. Además, ya es seguro que la destrucción de empleo

va a continuar siendo fuerte a lo largo de los próximos meses. Por su parte, la alta cota que ha alcanzado el déficit es muy difícilmente reducible si no se procede a un plan de ajuste extraordinario, dado el escaso margen de maniobra de la Administración central del Estado, pues sólo puede actuar, sustraídas las proporciones que les corresponden a las administraciones territoriales y a la Seguridad Social, sobre el 20 por 100 del total del gasto público. A la vez, el crecimiento del nivel de endeudamiento cobra una velocidad inusitada. Y, por si fuera poco, el mes de febrero de 2010 trae una de las peores noticias posibles: que la recuperación alemana se estanca (crecimiento cero en el cuarto trimestre de 2009), con lo que supone de severo freno para el crecimiento europeo, en general, y español, en particular. ¿Que a cambio de todo ello tenemos “paz social”? Habrá que esperar para decir la última palabra. Grave error, en estas condiciones, hacer oídos sordos, o ningunear, sin más, a las voces que hablan de España como “amenaza” (Roubini) o “grave preocupación” (W. Münchan, director asociado de *Financial Times*).

Ha sido, en fin, la reacción de los mercados a los datos que arroja nuestro balance macroeconómico —y a la calamitosa comparecencia, todo hay que decirlo, de Zapatero en el Foro de Davos—, lo que, de hecho, ha forzado el giro que, no sin los parciales desmentidos que ya son marca de la casa, parece querer abordar ahora el equipo gubernamental, poniendo al fin deberes a la mesa de la reforma laboral, a la comisión del Pacto de Toledo y a la comisión ministerial para negociar un pacto global anticrisis. Deseemos que el giro se confirme, y que lo haga con el aporte de los que, desde la oposición, serán a la postre responsables del camino que tomen los acontecimientos. Si no nos automedicamos con rigor y pronto, desde fuera nos impondrán la receta, y probablemente con “exigencias de una austeridad despiadada” (Krugman).

MEDIADA LEGISLATURA

Retomo, para terminar, algunos puntos anteriormente expuestos.

Todo o casi todo ha sido muy diferente a lo proclamado al arrancar la legislatura que en la primavera de 2010 llega a su ecuador. Lo que iba a ser resuelto avanza por una prolongada senda de crecimiento, quedando ajena nuestra economía a las turbulencias de los mercados financieros y a la crisis económica internacional, se ha trocado en una situación recesiva duradera y de enorme calado, cuyos efectos, según ha calculado la OCDE, empobrecerán más a España (e Irlanda) que al resto de los países desarrollados, al recortar en más de diez puntos el PIB potencial (entendido como el nivel de producción máximo que se puede alcanzar con el trabajo, el capital y la tecnología existentes sin provocar inflación). En el mercado de trabajo el contraste no ha podido ser más duro: los dos millones de nuevos puestos de trabajo que se prometieron para el siguiente cuatrienio en la campaña para los

comicios de marzo de 2008, se han convertido en dos millones más de parados. El que se preveía como período decisivo para alcanzar el nivel de prosperidad de nuestros vecinos más poderosos, amenaza con inaugurar una nueva alargada fase de pérdida de posiciones de nuestra renta por habitante en relación con los países europeos de referencia. Y la ambiciosa ampliación del Estado de bienestar a que se procedería, dada la holgura que proporcionaba el superávit de las cuentas públicas, se ha dado de bruces con un déficit histórico, sufriendo España en los dos últimos años la mayor caída de ingresos públicos de la Unión Europea (del 41,1 al 34,6 por 100 del PIB, al ceder la hinchazón recaudatoria generada por la burbuja inmobiliaria). Píos deseos de un comienzo, por decirlo al modo de Gil de Biedma, que la realidad ha frustrado, evocando también el título cernudiano. La gravedad de la situación a mitad de legislatura no puede achacarse, desde luego, a la falta de realismo de partida que ha revelado el curso de los acontecimientos, pero ése ha sido un factor, sin duda, coadyuvante de primer orden.

Preocupante será, en consecuencia, que se mantenga como estilo de gobierno el voluntarismo, sea o no autocomplaciente, sea tactivista o consustancial. A la crisis que nunca fue, como se ha escrito con agudeza, puede corresponderle ahora un nocivo “ya estamos saliendo”; y si antes se vetó el vocablo “crisis”, ahora la palabra prohibida puede ser “sacrificio”, tildándose de nefando todo planteamiento o medida de política económica que suponga costes sociales. Urge aceptar la verdad y trasmitírsela a la opinión pública. De nada sirve repetir, como hizo el presidente Zapatero en una entrevista de TVE, que ya se han tomado ¡137! (137, ni una menos) “medidas contra la crisis”, si lo fundamental —desbloqueo del crédito y reestructuración del sistema bancario, reforma del mercado de trabajo y plan estricto y concreto de estabilización financiera— ha de seguir esperando a reuniones convocadas en unos y otros palacios, a mesas de negociación de quita y pon, a sucesivos documentos precipitadamente elaborados.

Cuando se inicia la segunda mitad de la legislatura, la crisis económica muy severa que está soportando la economía española, sobre la que gravita otra de orden institucional (falta de liderazgo, desconfianza creciente de los ciudadanos en la clase política, alto nivel de corrupción, que no entiende de ideologías ni de siglas partidistas, descrédito de lo público, lógica partidista en nombramientos y actuaciones de órganos jurisdiccionales y reguladores, confrontación abierta entre Administraciones del Estado...) exige un tratamiento mucho más vigoroso e inmediato. Lo recuerdan, cada día, acreditados observadores, de dentro y de fuera, desde el Banco de España a la Comisión Europea y el BCE. De ahí que, mediada ya, esta legislatura acapare papeletas para ser también una legislatura demediada. Por ello su relato ha de tener el tono de una crónica desencantada.

